

—¡Un correo del enemigo! exclamó el de Fajardo.

—¡Ah! dijo Don Serafin, es un espía juarista, usted debe de arrestarle, acaso traerá otra correspondencia.

El jefe entregó á sus soldados al infeliz Estanislao, y dió las buenas noches.

—¡Ya va un reo! dijo el diplomático, la noche pinta mal; y se retiró tranquilo á entregarse al sueño.

Doña Canuta comprendió perfectamente el negocio; pero nada quiso decir á su hija, á quien veía profundamente afectada.

A los dos días de este acontecimiento el asistente del coronel Eduardo Fernández, acusado de traer correspondencia del enemigo, recibía doscientos azotes en el patio de la casa del coronel De Potier.

CAPITULO VI.

EFECTOS DE UNA CARAMBOLA.

I

El capitán Martínez había perdido dos partidos de quinientas rayas.

Los contrarios se manifestaron ufanos de su victoria, sin saber la clase de pájaro que era el guerrillero, ni los recursos con que contaba en los lances apurados.

—Triplico la apuesta, gritó el capitán, juguemos el último partido á la carambola.

Luego que dijo estas palabras, un relámpago cruzó por su mirada; algo había inventado para vencer al enemigo.

Los contrarios que habían llevado sobre Martínez una ventaja decidida, apostaron cuanto quisieron sus antagonistas, y el duelo continuó la carambola.

Ajustadas las apuestas tiró Pedro el Corredor, que en la nueva combinación era compañero de Martínez, el primer golpe figiendo errarlo.

Entonces Martínez tendió el taco sobre la mesa, y sacando un puño de onzas dijo: ¡doble á sencillo á que ganamos!

La codicia se desarrolló en todos los que creían en aun ganancia segura y volvieron á atravesarse cien apuestas.

Tiró el contrario y comenzó por un *chis*, que lo puso fuera de moral.

Tocó su turno al capitán, despojóse de la chaqueta, arrojó el sombrero, dispuso su taco y tiró la primera carambola, que era una de las más difíciles, según dijeron los conocedores y peritos en el billar.

Un aplauso resonó en toda la sala.

—¡Cognac! gritó el capitán, que mis contrarios pagan! Volvióse aquello un campo de Agramante.

Gritos, apuestas por cada lance disputas, bromas, discusiones, fanfarronadas.

Martínez era un hombre muy hábil en la materia. El guerrillero tenía un cálculo admirable en las paripecias del juego.

—*Ochenta tantos por nada, dijo el coine.*

Martínez había tirado con éxito ochenta golpes.

El contrario, trémulo de emoción y azuzado por los que tenían apuestas en su favor, no ataba ni desataba; quiso picar la bola demasiado baja para dar un efecto y con el taco hizo un rasgón de á cuarta á la mesa.

—Así me hicieron los franchutes en la cara, dijo riendo el capitán Martínez.

Pedro el Corredor tomó el taco: entonces toda aquella concurrencia presenció un espectáculo magnífico.

No había un golpe al acaso, todo era calculado.

Increíble parece que la física y las matemáticas entren en las combinaciones todas de ese juego.

La elasticidad de la baranda, el efecto según el punto donde es tocada la bola, la mayor ó menor fuerza de impulsión ó de repulsión, los retrueques, la tabla, todos los recursos de esa hábil invención fueron tocados por el diestro jugador.

El partido estaba ganado.

Todo lo que los contrarios habían adelantado en los otros juegos, lo perdieron en la partida de carambola.

Mil aplausos de entusiasmo poblaron aquella atmósfera, hasta los mismos derrotados declararon la victoria de buena ley.

—Falta la carambola, dijo en voz baja Martínez á Felipe. Voy á que dispongan el *negocio*.

El capitán se escurrió entre la multitud, después de haberle arrojado al coime una onza de oro sobre la mesa.

Siguieron algunos partidos, pero no de la fuerza del que con tanta habilidad acababa de disputarse.



II.

En un salón de tresillo se puso la *partida*. En campaña el juego es una distracción permitida.

Un capitán puso el *monte*, y Pedro el Corredor tomó la baraja para la *talla*; iban á medias.

La concurrencia era numerosa.

Pedro el Corredor es un hombre instruido en la ciencia de los *albures*, jamás ha perdido un centavo y sus ganancias son siempre exorbitantes.

Cuando la suerte no lo favorece, él ayuda con su ciencia á la suerte.

Dios ha dicho: "ayúdate que yo te ayudaré."

El Corredor había seguido al ejército para explotarlo en el juego, y ya tenía casa en México para hacer igual cosa con los franceses.

En la invasión americana fué escandaloso el abuso del juego.

Públicamente se robaba.

Los americanos son duchos en la ciencia de Birján, y se encontraron con otros tahures de igual fuerza.

Se creía por algunos especuladores la repetición de aquella época; ilusión! los franceses juegan toda una noche el importe de una copa de vino ó de una botella de cerveza.

Estamos lejos de echarles en cara el que no se arruinen en el juego; si lo hicieran por moralidad sería muy loable y honroso; pero los franceses tienen el vicio en alto grado, y si no se arruinan es por miseria: en cambio arruinan al que se proporciona y les viene á las manos.

Los desgraciados oficiales perdieron su paga de marcha.

Martínez estaba en ruina, había perdido su anterior ganancia, tenía empeñado en el *Monte* su magnífico reloj, y no le quedaban sino unos cuantos pesos.

En uno de los *albures* notó que la baraja estaba marcada, y que Pedro el Corredor los había robado de la manera más impía.

Estuvo un rato esperando á que volviera la carta marcada, era un rey, al que jamás apostaba, porque decía Martínez que no era monarquista y que los reyes todos son malos.

Vió palpablemente que en el *alce* el rey quedaba á la *puerta*.

Seguro estaba el montero de que Martínez apostaría en contra.

—¡Alto! gritó el capitán: ese maldito rey estoy seguro de ahora pierde: déme el monte *caja* sobre estos anillos de brillantes y este alfiler; todo vale mil doscientos pesos por lo bajo; pido sobre estprendas ochocientos, sólo por ir contra el monarca.

Pedro el Corredor se estremeció de placer.

—Aceptado, dijo, y entregó en oro el dinero al capitán.

—Yo la corro, pido la *baraja*.

Luego que tuvo las cartas en la mano se quedó un momento como reflexionando, y exclamó inspirado por una idea súbita: ¡voto al diablo! se me ha metido en la cabeza apostar por el rey.

Pedro el corredor palideció.

—No, capitán, le dijo: usted no es monarquista, y si apuesta usted por el coronado lo castiga irremisiblemente.

—¡Por las botas del coronel Lozada, que voy hacer una que suene, señores! voy al rey cuanto poseo, y llenó de oro la carta seguro de la ganancia.

El montero, alterado por la cólera, le dijo al capitán:

—Amigo mío, habiendo apostado por la carta contraria, según las reglas del juego no puede usted cambiarse.

—Y si me dá la gana, respondió el capitán, ¿quién me obliga antes de comenzar á correr el albur á permanecer en determinado sitio?

—El *monte* lleva el rey.

—El *monte* tiene el derecho de escoger.

—¿Ques yo levanto la partida.

—Y yo repuso montado de ira el capitán, ¡le levanto á usted la tapa de los sesos! y sacó su revólver de cinco tiros.

Asustóse Pedro el Corredor, y dijo: está, siga el albur.

El capitán volteó las cartas.

El rey apareció en la *puerta*.

Martínez recogió el dinero y le fueron devueltas las alhajas.

—Esta se llama una carambola, dijo para sí; pero me falta otra más bien *tirada*.

Gran pérdida sufrió la *banca*, víctima de sus mismos manejos.

—Rifo mi caballo *Azabache*, grito Martínez.

Pedro el Corredor se propuso vengarse del capitán y dispuso en el acto un grupo de *paleros* para hacerle droga á Martínez y quedarse con el arrogante caballo prieto.

El capitán, que había visto por casualidad la marca de la baraja, cayó incauto en el lazo que le puso el fullero jugador.

Los *tantos* de la rifa se repartieron, y comenzo el alza y baja de la fortuna. A la media hora tantos y dinero estaban en poder del Corredor.

Quiñones y Felipe habían perdido hasta el último centavo. El capitán había dejado á guardar en la administración del hotel el dinero, es decir, lo había cambiado por una libranza á favor de su hermana Guadalupe, así es que se encontró accidentalmente en la mayor penuria.

—El caballo es mío, dijo Pedro: he juntado todos los tantos.

—Lo entregaré mañana temprano, puede usted mandar por él.

No habiendo más dinero, cesó el juego, y Martínez, Felipe y Quiñones salieron á la calle en busca de alojamiento.

III.

—Yo no sé, capitán, cómo hemos podido jugar con un hombre tan de mala fé.

—Nuestra fortuna es la mala, respondió Martínez; he puesto mucho cuidado y ese hombre no ha hecho una sola trampa.

—Su fama lo dice todo, observó Felipe, que llevaba un humor de todos los diablos.

—El que juega pierde, y esto nos ha sucedido; lo que siento, agregó el capitán, tirando de la ala de su sombrero, es mi caballo: mi hermana lo quiere mucho, y pensar que ese hombre se va á apoderar de un animal tan noble, y sobre todo, de un caballo que iba solo á la ventana de Guadalupe á comer el pan que le ofrecía con aquella manita tan primorosa.

—No hay remedio, dijo Quiñones, eso le enseñaré á usted, capitán, que el juego es muy pernicioso.

—¡Por todos los demonios! exclamó Martínez; que á esta hora viene de perilla una moraleja: ¿ustedes por qué me siguieron?

—Porque nosotros seguiremos á usted al mismo infierno, respondió Quiñones,

Pues entonces no hay cuidado ya saben que cuando haya dinero se gasta, y cuando no, se fastidia uno: conque, adelante, yo también soy todo de mis amigos.

Se oyeron unos pasos precipitados cerca de los tres compañeros, estos se detuvieron un instante.

—Señor capitán, dijo un desconocido: en el hotel se ha levantado una tremolina.

—¿Y que respondió Martínez?

—Es que, añadió el desconocido, se trata nada menos que de usted.

—¿De mí? no adivino, respondió fastidiado el capitán.

—Le dire á usted.

—Que sea pronto porque estamos de prisa.

—El dinero que ustedes acaban de perder así como la rifa del caballo,.....

—En todo ha habido su droga infame, ¿no es verdad? se apresuró á preguntar Quiñones.

—Cabal, respondió el desconocido.

—¡Rayo! gritó el capitán, somos unos mentecatos.

—¿Qué pasa? preguntó Felipe al desconocido.

—Que al hacerse las particiones, repuso éste, han reñido, y entonces se ha descubierto que todos se pusieron de acuerdo para robar á ustedes.

—¿Es cierto lo que usted dice?

—Tan cierto, que lo han sido todos los concurrentes al hotel: usted no debe darles el caballo.

—Yo debo cumplir mi palabra, contestó Martínez, mañana les entregaré el caballo Azabache.

—Usted sabe lo que hace, dijo el desconocido, y se volvió para el hotel.

—¡Ah, bribones! me han hecho una que me la han de pagar. ¿Donde está alojado el coronel Lozada?

—En la Calle Real, dijo Felipe.

—Pues busquémosle, porque lo necesito urgentemente.

IV.

—Los tres amigos se echaron á andar hasta el mesón en que estaba el alojamiento del coronel Lozada.

—Preguntaron en el cuerpo de guardia, y después subieron á la vivienda ocupada por el coronel.

—Buenas noches.

—Buenas mañanas, respondió Lozada, porque ya son las dos; ¿qué se ofrece? antes de responder traigan esa botella y bebamos, que hace un frío endiablado.

Esas órdenes siempre eran cumplidas con religiosidad por Martínez.

Después de apurar unas copas, Quiñones y Felipe se pusieron á jugar un *tuti*, y el capitán á charlar á media voz con el coronel.

—¿Qué tal, decía Martínez, no son unos pícaros de cuenta? El coronel se reía á dos carrillo.

—El plan es magnífico, me da usted el caballo más viejo

de su regimiento que tenga las condiciones que le he indicado á usted; veremos si tiene desfachatez hasta de rehusarlo.

—Convenido, me gusta la broma, y yo mismo le proporcionaré el rocinante. Si hay algún resultado yo respondo, ¡bribones! ese Pedro el Corredor es de ley; fué usted, capitán, á caer en el costal de las aletas. Esos pícaros andan echando la misión y desbalijando á los incautos.

—Ya me la pagarán en la misma moneda; mañana espero el caballo y duerma usted que yo voy al Carmen en busca de mi coronel Fernández á quien no he visto en todo el día; además, estoy arrestado y voy á lista de diana; buenas noches y mil gracias, mi coronel, siga usted durmiendo, yo le daré á usted la revancha el día menos pensado.

—Buenas noches, señores, dijo el afable coronel y tornó á roncar como un desesperado, sin haberse molestado por la impertinencia de sus compañeros.

Martínez y sus dos amigos, se fueron al cuartel.

V.

El Carmen de Toluca es poco más ó menos como todos los conventos de frailes: claustros espaciosos, celdas confortables, grandes patios, sala de profundis, refectorio, biblioteca y una cocina magnífica. Alojóse aquel triunvirato en la celda más á propósito y al primer toque se levantaron para presentarse al coronel Eduardo que ya estaba en el cuerpo de guardia.

—¿Dónde está Martínez y Quiñones? preguntó el oficial: ¿no se han presentado al arresto?

—Sí, mi coronel, dijo el oficial, aquí los tiene usted.

—Buenos días, mi coronel, dijo Martínez, venimos á suplicarle se sirva levantarnos el arresto porque tenemos que hacer algunos negocios del servicio.

—Está bien, respondió Eduardo en quien se conocía no haber probado el sueño en toda la noche.

El pobre Eduardo no había dormido, el recuerdo de Luz le perseguía con tenacidad.

¡Luz! tras ese nombre diáfano se debe trasparentar un ángel.

Aquella mujer era el todo de su existencia.

Cuando un hombre ha corrido los tormentos del mundo deshojando sus ilusiones, estropeando su corazón en aventuras y marchitando su frente con desórdenes, y de repente se encuentra en la atmósfera purísima de un verdadero amor, entonces su alma se regenera, su corazón vuelve á latir al impul-

so de las primeras impresiones, vuelve á soñar en el cielo, vuelve á creer en la existencia de los ángeles.

Eduardo había corrido una vida aventurera hasta el día en que sus ojos se fijaron en Luz. Protestó contra su existencia pasada y entró en ese reposo á que reduce á un hombre la mujer amada. No vivió sino para ella. La fortuna siempre adversa los había separado en los momentos en que debían unirse para siempre. El horizonte se había oscurecido y vagaba sin norte esperando la hora de la felicidad.

Las opiniones de la familia Fajardo lo contrariaban horriblemente. ¿Qué pasaría con Luz entregada á los instintos de su familia?

La revolución estaba en su principio y el porvenir era obscuro.

El tiempo de la ocupación francesa aun no estaba determinado; además, quién podía garantizar la vida de Eduardo en esa serie de combates que se preparaban?

Era necesario no pensar en el día de mañana y seguir con los ojos cerrados el destino.

Eduardo había ofrecido á su novia escribirle continuamente poniéndola al tanto de cuanto le ocurriese.

Al llegar á Toluca cumplió su promesa; pero había la dificultad de la comunicación.

Entonces le ocurrió enviar á su asistente Estanislao Luna con la carta.

Después de darle sus instrucciones, partió el infeliz soldado para la capital, de donde creía haberse alejado para siempre.

Eduardo había pensado mandar al capitán Martínez, pero el temor de una desgracia lo había contenido.

Martínez hubiera ido hasta el fin del mundo por servir á su coronel; además quería entrañablemente á Luz, á quien divertía con sus cuentos, porque Martínez estaba predestinado á las más chuscas y atrevidas aventuras.

Luz tenía un efecto particular por el capitán, en quien veía al amigo más fiel de Eduardo.

Luz le había encargado que no se separase del coronel y le hizo responsable de lo que le aconteciese.

Martínez juró que primero le cortarían la otra oreja, que permitir se llegasen á su coronel.

Ya hemos dicho que Martínez sabía cumplir sus promesas. Eduardo se dirigió al cuartel general, mientras Martínez y compañía aguardaban á Pedro el Corredor, que bien pronto se presentaría por el Azabache.



VI.

A las seis de la mañana llegó un soldado del batallón de Lozada con una especie de caballo prieto, medio tiñoso, con dos sendas mataduras en el lomo, con esparavanes en las manos, los cascos muy crecidos y vueltos hacia arriba, un colmillo que le sobresalía del labio, la cola y la crín arruinadas.

Una silva de careajadas saludó á aquel Clavileño.

—¡Este coronel vale un Potosí! gritó el capitán Martínez. Quiñones y Felipe comprendieron todo el plan de Martínez.

—Pongámosle en disposición, dijo Quiñones, y se dirigieron al jardín del convento con el infeliz animal que no podía dar un paso, porque estaba emballestado.

Llevaron á la víctima al tanque de la huerta y la bañaron para quitarle aquel aspecto infortunado que presentaba á primera vista.

Acósóle tal temblor que temieron seriamente por su vida, tan cara en aquellos momentos.

—No hay nada inútil en este mundo, dijo Martínez, componiendo la crín del caballo; pero las mataduras son atroces y la cola se ha acabado de arruinar con el baño.

Le pondremos, dijo Quiñones, la camisa del Azabache para cubrir los defectos de su personalidad.

—¡Bravo! dijo Felipe, y tirando del amartigón, volvieron al atrio del convento.

Martínez le puso, aunque con mucha repugnancia: la camisa de su caballo que era de jerga blanca con franjas encarnadas y un letrero de cinta negra, donde se leía; "Azabache."

—No se vé tan mal, observó Felipe, y se pusieron en espera de Pedro el Corredor, como esos gitanos que desfiguran los animales robados, poniéndoles orejas postizas y dándoles manchas de un efecto admirable.

VII.

A las ocho de mañana apareció Pedro el Corredor con una turba de amigos y un capitán con quien tenía tratado al Azabache.

El susodicho capitán le había visto el caballo á Martínez y encontró una buena oportunidad de hacerse de él, en un precio muy bajo.

—Buenos días, señores, dijo el Corredor.

—Bien venido, respondió Martínez, ustedes vendrán por el caballo, allí lo tienen; crea usted, amigo, que lo siento como á un hijo, pero lo perdí y es cuanto.

—Lo veo algo estropeado, observó el Corredor.

—Sí estropeadísimo, como que ayer ha trabajado recio en el encuentro con los *mochos*.

Ha subido cien veces las piedras de ese maldito Monte de las Cruces, lo que ha hecho rebajar algo al animal, pero pronto se repondrá y entonces se verá su ley.

—Sí, dijo el capitán, conozco bien al caballo, ayer lo ví á la hora del pleito.

—Me alegro, dijo Martínez, de que el señor sea testigo de lo que vale; porque si yo lo digo, sería alabanza en boca propia.

Pedro no podía convencerse, pero no había remedio, era necesario conformarse.

—Y está algo emballestado, y tiene esparabanos.

—Es animal muy sentido, respondió Martínez, por eso lo ve usted así; dentro de tres días yo se los preguntaré.

—Me lo llevo con permiso de usted, dijo Pedro.

—Por muchos años, respondió el capitán; pero la camisa no entró en el trato.

—Es verdad, dijo el Corredor, que no quería disputas con Martínez.

—Compañero Quiñones, quítele la camisa al Azabache.

Quiñones se acercó con mucha formalidad y despojó al infeliz animal del camión, dejando á la vista de la concurrencia dos mataduras crónicas y una aguadura atroz.

—Ya no tratamos, dijo el marchante á Pedro el Corredor; ese caballo está inservible.

Pedro se rascó una oreja y se mordió los labios.

—Señor capitán, dijo entre enojado y contento, *usted me ha hecho vivo*. Está bueno.

—Amigo, dijo Martínez, esto se llama una *carambola*.

Pedro el Corredor se echó el sombrero á los ojos, y se salió acompañado de la *carpanta* que lo había seguido al cuartel.

El caballo quedó como bien mostrenco en el atrio, sin esperanza de tener un dueño, pues la D. que significa desecho, puesta por el coronel Lozada, era la marca de su destino.

Al día siguiente aquel ser miserable que tan buen servicio le había prestado al capitán Martínez, era presa de los zopilotes, que desde la víspera de su muerte, le seguían como un platillo *exquisito* en la convivialidad de los buitres.

VIII.

A los dos días emprendió su marcha al Interior todo el ejército.

La desertión era espantosa.

La guardia nacional estaba en cuadro.

Las brigadas en su desorden horroroso, exceptuando algunas fuerzas moralizadas al mando del valeroso Porfirio Díaz.

Otras fuerzas que no pertenecían á lo que se llamaba ejército del centro, luego que vieron alejarse las divisiones, comenzaron á defezionar y á desbandarse asesinando á sus jefes y apoderándose de las poblaciones para imponerles préstamos y contribuciones. ¡Todo estaba perdido!

Las derrotas sufridas por el empuje de las armas francesas, no habían causado tanto mal como la orden de retirada.

No hay ejército en el mundo que tenga moral para este movimiento.

Napoleón mismo ha llegado con la tercera parte de su gente en la retirada de Rusia.

Nuestros generales, cubiertos aún con el polvo de Puebla y orgullosos con su heroicidad, se afanaban por darle á aquellas turbas alguna organización, lo cual no era imposible.

El gobierno iba en retirada; mientras él existiera se conservaba el pensamiento y la unidad; era necesario salvarse á todo trance.

El presidente Juárez sabía prácticamente cuánto vale esta verdad, porque tres años antes, atravesando por grandes peligros, estando en el lugar de la ejecución, ó ya amagado por los puñales asesinos, había logrado situarse en Veracruz desde donde dirigió la revolución hasta el triunfo definitivo de 1861.

El personal del gobierno decía al mundo y á la Europa complicada en el atentado intervencionista, que la nación existía en su forma republicana, y que la bandera permanecía en el robusto brazo del defensor de sus liberales.

El ejército se situó en San Juan del Río y allí esperó el movimiento de los invasores.

El gobierno tomó asiento en el palacio de San Luis Potosí.

IX.

El coronel Eduardo había recibido orden de permanecer en Toluca hasta la llegada de los franceses; avanzó hasta Lerma y sus guerrillas se extendieron en el camino de las Cruces.

Los capitanes Martínez y Quiñones eran el todo del regimiento, conservaban intacta su moral, y tenían deseos de entrar en lucha con aquellos soldados á quienes habían rechazado cien veces en el glorioso sitio de Zaragoza.

La sección intervencionista que había escaramuceado con el ejército en su retirada, se había concentrado en la capital.

El camino continuaba lleno de familias emigradas.

En el portalito de Jajalpa estaba el capitán con una pequeña escolta; se ocupaba en pedir noticias de México, todas eran contradictorias y exageradas, no podía creerse nada.

Un pasajero le entregó á Martínez unos periódicos.

El capitán los llevó inmediatamente al coronel Eduardo.

Después de haber leído algunos números, encontróse con un párrafo terrible.

—¡Maldición! exclamó arrojando el periódico, ya lo esperaba, ese hombre es un imprudente, yo tengo la culpa, yo nada más.

El capitán no se atrevió á aventurar una palabra.

—Vea usted esa infamia, capitán; no, imposible, es necesario morir en lucha, la afrenta!.....el aprobiol!.....

Martínez levantó el diario y leyó en voz baja:

“Ayer la policía ha aprehendido á un correo del enemigo, llamado Estanislado Luna, el cual ha sufrido la pena de doscientos azotes á que lo condenó la autoridad francesa.”

—¡Diablo! murmuró el capitán, esta si es una verdadera carambola.

CAPITULO SEPTIMO.

LA GRAN TENOXITL'AN

I

La ciudad de los palacios y los jardines flotantes, la belleza del Septentrión, la señora del Continente, en cuya cabeza virginal lucen las estrellas más fulgurosas de la Zona Tórrida, la antigua emperatriz del Anáhuac, la joven republicana que ayer depositaba un beso filial en la venerable frente del anciano de Dolores, hoy se viste con todas sus galas como la esclava de un harem, para recibir á su señor.

Flores, coronas, cortinas, banderas y estandartes de todas las naciones, especialmente mexicanos y franceses, arcos